

SERVIDUMBRE Y GRADEZA DE LA ONU

TODOS los años, por estas fechas, la inauguración de la sesión de la Asamblea General de las Naciones Unidas produce una misma serie de comentarios: sarcasmo, pesimismo, desolación... La ONU, se dice siempre, carece de verdadera eficacia: no ataja los conflictos reales, no consigue anar esfuerzos positivos. Es curioso observar que, a medida que disminuye la preponderancia de los Estados Unidos en un organismo que creó a su imagen y semejanza, tratando de convertir en universal su propio cuerpo de doctrinas, aumentan los comentarios dolorosos. Muchos de ellos se producen por simple acumulación de años anteriores: es un tópico, es un lugar común, y se emplea gratuita y fácilmente, como una ficha de archivo. Otros pertenecen al mimetismo informativo: Washington emana una fuerte influencia, y Washington es, por la razón antes apuntada, un descontento de las Naciones Unidas. Le ha salido un hijo ligeramente contestatario. Le retira fondos: este año, la contribución de Estados Unidos al organismo internacional se reduce en un 25 por 100. Se tratará de enjugar la pérdida con una reducción de gastos suntuarios. Es una buena solución. El día que la ONU sea pobre, y algo humilde, habrá ganado más prestigio.

LOS Estados Unidos reducen su asignación por motivos financieros interiores, aparentemente; también por un cierto despecho. Estaban conformes en pagar un organismo que les sirviese. No lo están tanto ahora. Hay un reciente desafío de Waldheim —el secretario general austriaco, sucesor del paciente y pesimista U Thant— por la cuestión vietnamita, y una respuesta airada de Nixon, acusando al alto funcionario de estar influido por «el enemigo» (que, lógicamente, para Waldheim no puede ser tal). Está, no ya el ingreso de China, sino la expulsión de Formosa y la anulación de ese nombre —y el de Taiwan— de todos los documentos internacionales. Y las condenas a Israel: Estados Unidos ha tenido que usar su veto por se-

gunda vez (después de un cuarto de siglo de presumir de su no utilización, y era porque no lo necesitaba) para contener la resolución condenatoria por las agresiones israelíes. En agosto, el Comité de Colonialismo decidió que había que reconocer al pueblo de Puerto Rico «el inalienable derecho a la autodeterminación y la independencia»: era una propuesta cubana, dirigida abiertamente contra Estados Unidos, y fue adoptada por 12 votos a favor y ninguno en contra.

ESTA pérdida de peso específico de Estados Unidos en la ONU comenzó con el ingreso en cascada de nuevos Estados que iban obteniendo su independencia. Ello cambió la sabia dosificación establecida en los días pre-fundacionales. Una dosificación por la que siempre tenían mayoría Estados Unidos, y la URSS se veía obligada a utilizar frecuentemente el derecho de veto en el Consejo de Seguridad para intentar contrarrestar la ofensiva de guerra fría diplomática, y este derecho de veto se volvía, en la propaganda, contra ella misma. La masa de los países pequeños, pobres y neutralistas comenzó a modificar las cosas. Luego, la mayor independencia de los grandes Estados europeos con respecto a los Estados Unidos, el resquebrajamiento del bloque occidental. Todo ello iba a llevar finalmente a China a las Naciones Unidas, lo cual suponía automáticamente otro cambio de equilibrio. Naturalmente, ello está en contradicción con el hecho de que la ONU esté radicada en Nueva York, que la mayor parte de sus funcionarios sean ciudadanos de Estados Unidos y que ese país entregue algo así como el 30 por 100 del presupuesto de la organización. Es una anomalía que subsiste, y que con el tiempo tenderá a desaparecer.

PERSONALMENTE, me parece que la ONU, en sus condiciones actuales, comienza a tener algún valor más que el que tenía antes. Hay mayor

El embajador de los Estados Unidos en las Naciones Unidas, George Bush, conversa con los miembros de la delegación de China, en un intermedio de las primeras sesiones inaugurales de la Asamblea.



número de habitantes del mundo representados, comienza a funcionar con mayor parlamentarismo, se escuchan en ella opiniones importantes, se enfrenta con las hegemonías, es más variada. Es un principio. Puede malograrse. Pero está ahora mucho más allá de lo que lo estuviese nunca la Sociedad de Naciones —un precedente que añade su «mala prensa» a la ONU actual—, e incluso más allá de lo que estaba ella misma hace un año, hace dos.

EL temario con el que se enfrenta esta sesión —la 27— de la Asamblea General es delicado y muestra algunas de sus propias debilidades. El intento de hacer del terrorismo su tema principal, a gusto de los Estados Unidos (aunque propuesto por Waldheim con otras intenciones que de alguna manera señaló en su discurso de despedida el presidente saliente, Malik: para acabar con el terrorismo palestino hay que resolver el problema palestino en su raíz), parece que desaparece de los debates, y se lleva a la Sexta Comisión (la jurídica). Puede calcularse por encima que, a su ritmo actual, el terrorismo de todos los colores, todas las políticas y todos los países necesitaría cien o doscientos años para producir el número de víctimas que produce la guerra de Vietnam en una semana, y la guerra de Vietnam apenas ha conseguido entrar en la Asamblea de las Naciones Unidas, hasta ahora, por la vía lateral de algún discurso, pero nunca como tema de debate, ni mucho menos de resolución. Y no debe caber ninguna duda de que la guerra de Vietnam ha sido en muchos momentos —y hoy lo es menos— una gran aproximación a un conflicto mundial, de grandes proporciones, cosa que hasta ahora no ha logrado el terrorismo, ni parece que esté en sus posibilidades inmediatas.

SERA difícil que la Asamblea trate del desarme nuclear, será difícil que se estudie —como quería China— la reunificación de Corea, y China hará cuanto esté en su mano por evitar el ingreso de Bangla Desh, al cual ya vetó en el Consejo de Seguridad. Será difícil, también, que se llegue a una idea general aceptable sobre las cuestiones de paz en Oriente Medio. Y parece imposible que el gran tema que se propone Waldheim logre mayor éxito: que las Naciones Unidas sean el escenario de los grandes acuerdos internacionales que se están haciendo fuera de ella. Es decir, de las negociaciones de Estados Unidos con la Unión Soviética y con China.

ESTE último es el punto de mayor debilidad de la ONU. Su comisión de desarme, por ejemplo, se reúne periódicamente desde hace varios años, y nunca ha conseguido un acuerdo, mientras que en unas sesiones de las SALT se han conseguido acuerdos sustanciosos entre Estados Unidos y la URSS. Toda la aproximación de estos dos gigantes se ha hecho por vía de negociaciones directas.

PERO este drama acongoja también a otras organizaciones internacionales de carácter regional. Los acuerdos de Estados Unidos con China han dislocado toda la política del Oriente asiático: se han hecho fuera de los pactos mutuos, de los tratados, de las organizaciones. Y la NATO, en Europa, llora en estos momentos sobre la noticia de que la reducción gradual y equilibrada de fuerzas convencionales en Europa va a ser objeto de negociaciones directas entre Estados Unidos y la URSS. El tema se desprende de la Conferencia de Seguridad Europea, que era lo que querían los aliados occidentales; pero no para tratarlo en negociación entre los dos bloques militares —OTAN y Pacto de Varsovia—, sino para ser discutido en negociaciones bilaterales: es decir, sin que los países europeos, indudablemente afectados por la posible retirada de tropas convencionales de los Estados Unidos, puedan hacerse oír (en otro orden de cosas, hay que señalar que ésta era una de las propuestas del programa de McGovern, y Nixon se la ha quitado; Nixon, en lugar de discutir o rechazar los puntos de vista de su adversario, está apropiándose y realizándolos, lo cual es una habilísima forma de privar de programa a su adversario electoral).

LA política internacional admitida y declarada por los Estados Unidos es la de dirigirse personalmente a los «centros de poder», bien por el Departamento de Estado, las vías diplomáticas normales e incluso los viajes de Nixon, bien por el otro instrumento que está representando, con una dinámica increíble, Harry Kissinger. Es absolutamente imposible ahora saber cuándo estos contactos «de poder a poder» se deben a una labor insistente de la ONU, y a su propia existencia, incluso a la personalidad de sus secretarios generales. Como es imposible saber cuál sería el estado del mundo si la ONU no hubiese existido jamás. Son más problemas de ciencia-ficción que de politología (aunque muy frecuentemente esta última sea tributaria de la primera, pero con algo más de pedantería y de falta de sensibilidad). Pero es lícito imaginar la sensación de tragedia y de vacío que acometería al mundo si de pronto se disolviese la ONU. Esta prueba imaginaria es válida para mostrar que no es tan ineficaz, tan superflua, tan tonta como los sarcasmos propios de estas fechas tratan de indicarlo. Parece que se trata, en suma, de una forma más de la vieja disputa entre parlamentarios y antiparlamentarios, entre los que creen que las cosas, las doctrinas y los conflictos se deben examinar, discutir y debatir, y los que creen que las direcciones generales deben hacerse en forma de pirámide, con un poder omnímodo en la cúspide.



EL «CASO DE ESPAÑA» EN EL MERCADO COMUN

Feliciano Fidalgo, periodista español (agencia Logos), hizo al Presidente de la República Francesa, Georges Pompidou, una larga pregunta en la conferencia de prensa del jueves 21. El núcleo central de la pregunta era éste: «Existe también la dimensión política que origina un debate entre las autoridades oficiales españolas, por una parte, que dicen que nada impide la entrada de España en el Mercado Común con las estructuras actuales, y, por otra parte, los que piensan, en España y fuera de ella, que sería preciso, para que ello se realizara, que las instituciones españolas evolucionen para hacerse semejantes a las de otros países de la Comunidad. El gobierno francés ha sido siempre, desde hace diez años, el que más ha favorecido una aproximación entre España y Europa. Le ruego, señor Presidente, que nos dé a conocer su opinión sobre el caso español».

La respuesta de Pompidou fue breve: «Soy partidario de la entrada de España en el Mercado Común, y deseo que pueda hacerlo lo antes posible, sin ignorar que hay aún dificultades económicas y objeciones políticas por parte de algunos». Frase muy comentada. Y muy interpretada. Para algunos, significa una nueva afirmación al apoyo francés para el ingreso de España; para otros, en cambio, introduce un elemento nuevo: «Esta es la primera vez que el Presidente gallo pone de manifiesto la existencia de objeciones políticas, y no sólo económicas, para materializar ese ingreso. Parecidas expresiones fueron anteriormente formuladas por ministros nórdicos, el ministro del Exterior de Luxemburgo o el propio canciller de la República Federal Alemana». («Informaciones», 23-IX.)

Los ministros nórdicos, efectivamente, han vuelto a tomar la palabra para comentar el «caso de España», y lo han hecho de manera negativa. Son los que mantienen más seriamente las «objeciones políticas». Noruega y Dinamarca las han vuelto a levantar a las pocas horas del día

logo entre Feliciano Fidalgo y Georges Pompidou. Si Noruega se ha limitado a rechazarla —en palabras de su primer ministro—, Dinamarca, también por boca del primer ministro, Jens Otto Krag, llegó a amenazar con la utilización del derecho de veto para impedir la entrada española. Los dos primeros ministros tenían en ese momento pendiente de referéndum la aceptación por sus opiniones públicas de su propio ingreso en la Comunidad, y de ahí la urgencia en hacer pública esa declaración (el referéndum de Noruega se habrá resuelto ya a la hora de publicarse estas líneas: se votó el domingo y el lunes. El referéndum era puramente consultivo, y no decisivo, pero el primer ministro anunció que dimitiría si el resultado era negativo).

En otros países, las reacciones han sido más matizadas. Bélgica ha expresado oficialmente su deseo de que España ingrese, pero expresando que antes deberán evolucionar las condiciones políticas españolas para ajustarse a las normas de la Comunidad. Esta es la misma opinión de los otros dos países del Benelux (Holanda y Luxemburgo). En Italia no hay declaración oficial, pero se dice —a nivel de comentario periodístico— que los ministros italianos han hecho ya saber a sus colegas españoles que mantienen esa objeción política, sobre todo por la presión de la oposición sobre un gobierno inestable, al que es más fácil hacer concesiones en temas de política exterior que en los de política interior. Tampoco ha habido declaraciones oficiales en Gran Bretaña, Irlanda y Alemania Federal, pero en esta última se recuerda que la posición permanente del gobierno es muy favorable a España en el punto de vista económico, pero sin dejar de mantener su opinión de que es necesaria la «evolución» para participar en los organismos políticos y sociales europeos tal como están concebidos.

No se ha registrado hasta ahora ningún comentario oficial público del Gobierno español o de alguno de sus ministros.